

# Revista de Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS  
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO  
DE GRADUADOS

---

---

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

## DIRECTORES

**Dr. Wenceslao Urdapilleta**

Por la Facultad

**Isidoro Martínez**

Por el Centro de Estudiantes

**José S. Mari**

Por el Centro de Estudiantes

## SECRETARIO DE REDACCION

**Carlos E. Daverio**

## REDACTORES

**Dr. Emilio B. Bottini**

**Dr. Julio N. Sustamante**

Por la Facultad

**Rodolfo Rodríguez Etcheto**

Por el Centro de Estudiantes

**José M. Vaccaro**

Por el Centro de Estudiantes

---

**Año XIX**

**Abril, 1931**

**Serie II, Nº 117**

---

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
CALLE CHARCAS 1835  
BUENOS AIRES

de Luciano Romier

## La Previsión en las Cuestiones Bursátiles <sup>(1)</sup>

Son muy numerosas las formas en que una persona puede intervenir, como comprador o como vendedor, cuando se trata de hacer transacciones en las Bolsas de Valores. No pretendemos hacer una lista de todos los casos posibles, ni tampoco ensayar la descripción del ingenio humano. La vida de los mercados está hecha, teóricamente, de la oferta y de la demanda que buscan encontrarse. En la práctica, la oferta y la demanda necesitan ser estimuladas u orientadas por una atracción recíproca que hace nacer el arte de la persuasión. Se puede persuadir a alguien lealmente, se puede también persuadirle engañosamente. Sería ingenuo y vano el pretender fijar puntos de referencia en tal dominio. El argumento de la moralidad mismo no decide nada. Acontece a menudo y en la Bolsa más que en ninguna parte, que el hombre que os ha engañado de hecho, se haya engañado primero a sí mismo.

Dejemos de lado las quejas de la buena gente que cree haber sido engañada por los consejos de tal o cual. Hay que tener una singular confianza en el desinterés de sus semejantes para imaginarse que hay individuos cuya ocupación consiste en procurar gratis al prójimo el medio de ganar fortuna, siendo que el Banco más grande del mundo no regala ni una estampilla a sus clientes. Esta enfermedad del espíritu humano aparece sin límites en las cosas de la Bolsa.

Se desearía corregir esta enfermedad, pero ninguna exhortación o instrucción proveniente del exterior puede cambiar este estado de cosas. El gusto por el juego crea hasta en los cerebros más fríos una credulidad y una inclinación a las ilusiones que sólo son curables por el esfuerzo personal. Dejemos

---

(1) De *Revue des Deux Mondes*, tomo 59, pág. 922. Traducido por F. A. Bidabehere.

también las recriminaciones de las personas que atribuyen reveses a la falta de regularidad en el mecanismo de la Bolsa. Esta categoría de clientes es igualmente incorregible. A sus ojos la Bolsa sólo vive de conspiraciones: el alza y la baja traducen en ella una lucha secreta de potencias oscuras. El todo está en entrar a tiempo en la conspiración que saldrá victoriosa. Si por casualidad se ha errado en la partida, es que hubo un traidor. En la Bolsa no encontraréis jamás un jugador sin suerte que no tenga un "traidor" que no denuncie tal o cual grupo, tal Banco, tal agente, tal comisionista, tal Ministro, tal Estado. Contra los que nada se puede. La imaginación bolsista es esencialmente romántica y presuntuosa; romántica, porque busca sin cesar la hermosa aventura; presuntuosa, porque cree que la suerte es una especie de privilegio que se trasmite por los *datos*. Una vez que se ha obtenido el dato y obtenido el privilegio, la aventura debe seguir, si no sigue: hay robo, fraude, traición.

Sería perder el tiempo, el intentar quitarle esa credulidad al jugador de Bolsa o poner un freno a su imaginación. Su credulidad y su imaginación están unidas a su pasión.

Quedan los ciudadanos que buscan en la Bolsa no una suerte en el juego o un concurso de filantropía financiera, sino simplemente un mercado. Estos tienen el deseo legítimo, sin ninguna duda, de hacer producir sus capitales o sus economías del mejor modo posible sin contar demasiado con los milagros y reduciendo la parte del azar. El defecto más común en ellos es un exceso de lógica que les impide ver más allá de un razonamiento o un cálculo incompleto. El abuso del silogismo tan frecuente en los franceses da las peores vistas respecto a los negocios y aporta una falsa seguridad que excluye la vigilancia. En América el cliente de la Bolsa se arruina casi siempre a causa de su fé ilimitada en su suerte; entre nosotros se arruina porque quiere tener razón contra los hechos.

Pero, por lo menos, cuando las víctimas de la Bolsa no obedecen a una pasión ciega y pecan solamente por error de método, pueden instruirse sobre ciertas realidades. Entre las realidades a menudo desconocidas, están las propiamente económicas que dominan las corrientes de la Bolsa. Ellas solas ofrecen al observador una materia más o menos sólida sobre la que ejercerá la facultad principal del espíritu de los negocios; la facultad de previsión.

La previsión a corto término y, la previsión a largo término corresponden a costumbres distintas y reposan sobre he-

chos muy diferentes. Esto parece una constatación de evidencia. Pero hay que creer que la evidencia escapa a un gran número de espíritus si es cierto que la mayor parte de las decepciones de los clientes de la Bolsa, aparte de las imprudencias del juego propiamente dicho, provienen de una confusión habitual entre las cifras que valen para una previsión a corto término y las que valen para una previsión a largo término.

Tal posición es buena para quince días, pero no vale nada para tres meses o para un año, y recíprocamente. Cuántas gentes creen poner en cartera valores que consideran durables por tener fe en una publicidad efímera! Cuántas gentes, a la inversa, pierden por haber especulado a destiempo sobre valores cuyo porvenir es seguro, pero que no estaban favorecidos por la opinión del momento! Y cuántas gentes, en fin, después de una operación bien llevada se dejan sorprender por el derrumbe general de la *tendencia* que de buen o mal grado arrastra los valores buenos y los malos. La previsión a corto término se forma naturalmente sobre cifras reducidas y muy a menudo sobre incidentes o acciones artificiales. Es el campo familiar de los *profesionales* que operan en la medida de su perspicacia, de las informaciones diarias y de los instrumentos de presión de que disponen. Ello implica una concurrencia asidua a los mercados o una relación constante con los que los frecuentan. Para tener éxito es necesario conocer más a menudo la repartición de los títulos, la situación de los tenedores, los movimientos de compra o venta que tal o cual grupo prepara de una plaza a otra, conocer al día las fluctuaciones de la opinión bolsera, discernir lo verdadero de lo falso, el comentario y el *comunicado*, la noticia auténtica y el *rumor* tendencioso, ver claro en la maraña de la publicidad financiera.

Las condiciones de éxito son difíciles de llenar. Permanecen inaccesibles muy a menudo a la mayoría de los mortales. Sucede a los mismos profesionales que apenas logran asir un pequeño número de elementos en trance de desarrollo. En realidad, salvo en los períodos de movimientos constantes y prolongados, causados por crisis política o monetaria que la Bolsa registra automáticamente, la especulación a corto término es, para el público profano, un simple juego de azar. Cuando la tendencia no traduce una adaptación progresiva de las cotizaciones de Bolsa y de los sucesos que pueden medirse desde el exterior, el jugador queda siempre a la merced

de una operación o de una maniobra que modificara esa tendencia en un cuarto de hora.

Solamente obtienen beneficios importantes de la previsión a corto término los que están en situación de poder presionar el mercado, sea porque controlan los negocios en trámite, sea porque poseen medios de orientar la opinión de compradores y vendedores en el sentido que les conviene, o bien que por la masa de las órdenes que dan produzcan un efecto de arrastre. Casi siempre el público sigue a estos *conductores* tratando de adivinar sus ideas e interpretar sus gestos. También es necesario que estos mismos *conductores* no vayan contra la corriente o no se dejen sorprender por una tempestad de la que no hubieran percibido a tiempo los signos precursores. Es raro que los especuladores que fundan siempre sus previsiones sobre las especulaciones a corto plazo aunque sean perspicaces y diestros no terminen por sufrir grandes pérdidas. Fué el secreto de tantas caídas de hombres de negocios que el mundo consideraba hasta entonces como semi-dioses.

Para moverse con soltura y sin correr demasiados riesgos en los mercados a corto término, hay que poseer una prontitud de espíritu y decisión, una fuerza de atención y un instinto del medio que se adquieren difícilmente (como las cualidades del verdadero cazador y del verdadero pescador), sino se ha estado en ello desde la juventud. Ninguna superioridad de cultura intelectual reemplaza esta educación del *olfato* y del *tacto* para los negocios. En materia de operaciones de Bolsa el hombre instruído que tiene vistas sutiles o hace cálculos científicos, será siempre vencido por el especialista ignorante, a quien nada le turba a percepción inmediata. Es por ello que la mayoría de los grandes *bolsistas* se elevaron desde los escalones mismos de la Bolsa, lejos de las universidades y de las cátedras de economía política. Es por ello que los intelectuales que se aventuran en la especulación, hacen a menudo malos pasos.

---

La previsión a corto término que especula sobre un movimiento preciso y temporario del mercado sin preocuparse del ritmo general del intercambio, se vale de la información diaria, es decir, del *dato* más que del estudio de realidades y de la decisión inmediata, más que de la inteligencia propiamente dicha. A la inversa, la inteligencia y la paciencia son eficaces en la previsión a largo término. Inteligencia y paciencia son sin duda las más seguras garantías de éxito en la Bolsa como en cualquier otra parte.

Pero la inteligencia no basta, hay que unirle la paciencia. La mayor parte de la gente seria, dotada e instruída, que pierde su dinero en la Bolsa, lo pierde porque aspira a ganancias inmediatas. Gastan su inteligencia en cálculos precipitados y muy cortos, siendo que si se librarian del deseo de una ganancia rápida, verían más lejos y más claro. Puede decirse que todas las grandes fortunas son el resultado no de la suerte o de una especulación precipitada, sino de cálculos de previsión a largo término, proseguidos con tenacidad a pesar de las fluctuaciones y de los incidentes. Si pudiera escribirse la historia de la *cartera* de los millonarios se vería que casi siempre fueron especializados desde su origen, y la han acrecido pacientemente, primero en la misma línea y luego por arbitrajes de largo alcance.

La previsión a largo término puede aplicarse, sea a una empresa o a una categoría de empresas, sea a una forma de actividad correspondiente a la explotación de tal o cual materia prima de tal necesidad colectiva, sea en fin a la oscilación del intercambio y de los precios. Toda persona se hace un oficio de *trabajar* los valores, como todo Banco se jacta de practicar la previsión a largo término, bajo los tres aspectos que hemos indicado. Las oficinas de estudios financieros rebalsan de expedientes, de *gráficos*, de documentos sobre la vida y balances de las Sociedades, sobre la evolución de las cotizaciones o el rendimiento de tal o cual título, sobre la producción o el comercio de las materias primas, sobre los progresos del consumo, etc. Gran número de diarios y revistas dirigiéndose a la clientela de la Bolsa publican memorias, estudios especiales, estadísticas, comentarios, con el objeto caritativo de suministrar alimento a las ideas generales de sus lectores.

Es evidente que este conjunto de estudios no puede ser juzgado en globo. Cada estudio, admitiendo la buena fe de su autor, se valora en proporción a la capacidad de su autor, de sus medios de investigación o de sus recursos de información, de la extensión de sus conocimientos, de sus prejuicios y de su experiencia. La crítica de los textos y la interpretación de los hechos son tan sujetos a controversias en el dominio económico y financiero, como en el de la erudición histórica. Por lo demás, debe decirse sin calumniar a nadie, que el *documento financiero* establecido casi siempre para producir cierta impresión en el público, no puede ser tomado como testimonio desinteresado. Las cifras mismas son más

elásticas que las palabras y se prestan a toda clase de agenciamientos decorativos. En cuanto a las estadísticas llamadas oficiales, en los diferentes países del mundo, sirven, o bien para despertar o bien para adormecer la curiosidad antes que a satisfacerla: en el mejor de los casos suministran un punto de partida a las búsquedas, pero nunca una conclusión.

A decir verdad, teniendo en cuenta las particularidades del trabajo en trámite de realización, la rutina financiera y bancaria se ha hecho a la larga un método bastante seguro utilizando puntos de referencia precisos para discernir el valor actual de tal o cual empresa con respecto a sus elementos principales. Pero esta rutina aun cuando se ingenie en marcar tendencias, procede más bien sobre cifras de inventario que sobre elementos de verdadera precisión. Un inventario establecido con cuidado, puede aclarar la posición de un negocio aislado o de un grupo definido, no puede anunciar nada con respecto a la orientación de fuerzas internas o de las corrientes exteriores de las que dependen en definitiva, la fortuna que ha de ofrecer el negocio o el grupo en causa. Así es que la mayoría de los estudios financieros, por interesantes que sean, no enriquecen ni a los que los leen ni a los que los redactan. Las decepciones que causan a los que se fían de ellas pasivamente, tienen por consecuencia el apartar un poco a la gente de la Bolsa de los estudios serios y de confirmarla en su fe por el *dato*. El *dato* por lo menos representa una fuente dinámica. Se ha ensayado desde hace tiempo particularmente en los Estados Unidos, el salir de la rutina de los inventarios financieros y de los *gráficos* retrospectivos para abordar el estudio de las curvas generales de prosperidad o de crisis y desprender de ello un método de pronóstico. Pero en esta vía que podría ser muy fecunda, hay que temer el espíritu de sistema, frecuente en los economistas de escuela.

Por ejemplo, el Comité de Harvard para las investigaciones económicas, intentó establecer una teoría de las crisis basada en la proporción entre curvas: la curva de la especulación (cotización de las acciones industriales); la curva de los negocios (precios de las mercaderías por mayor); la curva de la moneda (tasas de descuentos a 60 ó 90 días). La observación de ciertos hechos condujo a los estadígrafos de Harvard a precisar su teoría como sigue: los movimientos de la curva de especulación (Bolsa) preceden a los movimientos de la segunda curva (precios por mayor) más o menos en seis meses;

los movimientos de la segunda curva preceden los de la tercera (tasas de descuento) de más o menos cuatro meses. Lo que quería decir, que el ritmo de conjunto obedecía al arrastre de la especulación de Bolsa.

Luego, la crisis que empezó en 1929 y dura todavía, ha demostrado la fragilidad de esta teoría. Los negocios primero marcaron una tendencia al relajamiento. La baja de los precios por mayor y el descenso del índice de la producción fueron notables desde el mes de junio de 1929, mientras que el alza de los valores de Bolsa continuaba y alcanzaba su punto culminante en septiembre antes de hundirse bruscamente. En cuanto al mercado de la moneda, siguió dócilmente el movimiento de la Bolsa y no el de los negocios. Dicho de otra manera, la producción y el comercio anunciaron la crisis desde la primavera. La Bolsa no se preocupó de ello y prosiguió su carrera triunfal hasta el otoño. Cuando sobrevino el *crack* de la especulación de Bolsa, la tasa de la moneda se resintió inmediatamente. Encadenamiento de fenómenos muy diferente al que había previsto la teoría de Harvard.

Sin embargo, la teoría de Harvard, se había verificado exactamente en la crisis precedente, en 1919 - 1920. La baja de la curva de especulación a fines de 1919 había permitido anunciar el declinar de la curva de los negocios que se produjo a mediados del año siguiente. (1)

---

El error del Comité de Harvard es el que cometen muchos economistas que, para darse la ilusión de alcanzar una precisión científica, pretenden desentrañar de la comparación de detalles, una conclusión general. Luego en el orden económico o financiero, es tal la parte que toman los agentes psicológicos, los reflejos humanos, individuales o colectivos, presentan una variedad tan grande, que los movimientos no se reproducen jamás bajo el mismo aspecto ni en el mismo orden. No es que no se pueda después del *golpe* explicar con rigor científico el encadenamiento de los fenómenos en causa y describir cada movimiento del mecanismo. Pero no se sabría de antemano, indicar el momento de tal acción o reacción, porque en especie, acción y reacción dependen del libre arbitrio hu-

---

(1) A quienes les interese profundizar la cuestión les recomiendo lean la *Review of Economic Statistics*, publicada por la Universidad de Harvard; el libro de Lacombe: *La Previsión en matière de crises économiques*, París, 1925, y el capítulo 3º de la 3ª parte del libro de A. Aftalion: *Cours de Statistique*. (N. del T.).

mano, que obedecerá él mismo a influencias imposibles de prever.

Hay equivocaciones muy frecuentes con respecto a las fuerzas económicas y financieras, prestándoles un automatismo que no poseen. Por ejemplo: ¿Quién puede prever lo que un campesino pagará el campo que desea? El precio tendrá, sin duda, parecido con el término medio estadístico, pero variará según los sentimientos opuestos de deseo y de resistencia del comprador y vendedor, como también en proporción a sus disponibilidades de dinero momentáneas.

La previsión general no puede ser el simple resultado de una serie de observaciones particulares o de cálculos de corto alcance. Si fuera suficiente el recoger documentos, informaciones e índices, día por día, para prever la extensión de los movimientos económicos o financieros, los *profesionales* de la Bolsa y de la Banca no se dejarían sorprender jamás. Luego, ya lo hemos dicho, los profesionales se especializan en la previsión a corto término, son casi siempre los menos hábiles para defenderse contra los grandes movimientos de tendencias.

La verdad es que la previsión general debe apoyarse sobre ciertas leyes que tienen carácter permanente y que, por consiguiente, todo espíritu dotado para observación de las cosas económicas, puede reconocerlas sin esfuerzo. La dificultad comienza cuando se trata de discernir la acción de esas leyes, no sobre realidades adquiridas, pero sí sobre realidades en movimiento en evolución. Esta dificultad es tanto más grande hoy, por cuanto las informaciones de dependencia económica y financiera se extienden a todo el universo. Es ahí donde se manifiesta el genio de los hombres de negocios, genio que ordinariamente se preocupa poco de los incidentes aislados, de las maniobras de detalle y de las operaciones a corto término, pero que contiene como todas las formas del genio, una especie de adivinación o de intuición.

---

Trataremos de demostrar brevemente cómo las leyes de la previsión general podían aplicarse a los movimientos que determinaron a crisis económica y de Bolsa que el mundo sufre desde hace un año.

La primera ley que rige el pronóstico a largo término es la del equilibrio. Todo movimiento tarde o temprano está obligado a consolidar o a corregirse. Si no puede consolidarse, se corrige luego brutalmente y a veces progresivamente. Nin-

gún artificio puede nada contra esta ley de física natural, que la evolución económica ha ratificado siempre.

Es necesario, pues, cuando se observa un movimiento, preocuparse primero del equilibrio de los elementos que arrastra y luego de los elementos con que cuenta para consolidarse.

Las fases llamadas de prosperidad, son en la práctica, fases de especulación a la alza de los precios, alza que supone, o bien que la antigua demanda se desarrolle y sobrepase la oferta o bien que la llegada de nuevos consumidores aumentará la demanda. El movimiento de prosperidad sólo se equilibra cuando los elementos que sienten los efectos de la alza reciben de ésta también los beneficios: en el caso contrario, aunque las apariencias sean brillantes, el movimiento es flojo y va hacia la caída. Por otra parte, la prosperidad, es decir el alza de los precios, sólo puede consolidarse si el acrecentamiento de la demanda está justificado, o por aumento de los consumidores o por el mejoramiento de la calidad del producto.

Dicho esto, se perciben las verdaderas causas de la crisis americana, o más exactamente de la crisis universal que afectó a los Estados Unidos particularmente. La prosperidad que el mundo ha conocido de 1926 a 1929, tuvo su fuente, no en el aumento de los consumidores ni en la mejora sensible de la calidad del producto, sino en las facilidades extraordinarias de crédito que creaba la política de los Bancos federales de los Estados Unidos. La especulación al alza, ayudada por las facilidades de crédito, se dirigió a la Bolsa. Mirando bien no podía dirigirse sino allí. En efecto, en el momento mismo en que la política de los Bancos americanos suministraban un alimento artificial al crédito, la agricultura, la industria y el comercio americanos sentían ya un malestar. Ese malestar provenía de la imposibilidad de aumentar las ventas de los productos naturales o fabricados en el mercado interior y de la dificultad de desarrollar las ventas en el exterior, para competir con una Europa repuesta de los males de la guerra. Limitando su inmigración, los Estados Unidos paralizaron el aumento de su mercado interior; tratando con negligencia la producción de la calidad para lanzarse en la *standardización*, le quitaron al comercio el medio de renovar la curiosidad del comprador; guareciéndose en un proteccionismo excesivo, crearon un nivel de precios demasiado elevado para todos los productos efectivamente protegidos.

La prosperidad, fundada en la facilidad del crédito americano, era pues esencialmente defectuosa, y no podía consolidarse, dado que la economía americana no solamente no seguía a la Bolsa sino que se encontraba en un estado de malestar creciente. De hecho, desde 1927, el precio medio de los principales productos de la agricultura americana empezó a bajar. Luego, índice más grave aún, los precios de las materias primas empezaron a flaquear. A comienzo de 1929, la caída general aparecía cierta y muy próxima. Sólo había dudas respecto a la ocasión eventual de esa caída. Esta ocasión fué provocada por algunas quiebras en Londres y la abundancia excepcional de la cosecha mundial. El crédito artificial que sostenía el alza en la Bolsa desde hacía dos años, prolongó algunas semanas más la ilusión de la misma Bolsa. Pero fué en vano. El equilibrio se restableció al fin brutalmente, por un *crack* sensacional. En el mundo entero las plazas que habían sufrido directa o indirectamente el contagio de la alza americana, se hicieron eco de la corrección infligida a Wall Street por la Ley del equilibrio.

No se puede pretender que el retorno al equilibrio a causa del derrumbe de la especulación de Bolsa fué difícil de prever. Desde 1927, habíamos oído, en los Estados Unidos mismo, que algunos americanos atentos denunciaban el desequilibrio profundo de los movimientos de alza. En los dos años que siguieron, advertencias numerosas fueron dadas al público por vías autorizadas. La *Federal Reserve Board*, seis meses antes del *crack* de Nueva York, se esforzaba en moderar el movimiento al que él mismo había contribuído. Pero las ilusiones son tenaces. Por otra parte, se alimentan de errores groseros, como ser el error que consiste en medir la prosperidad real de un país por las cifras de su producción, sin preocuparse de la venta, del precio de costo y del beneficio neto.

Es raro que la ley de equilibrio, bien interpretada, equivoque a los que buscan un pronóstico general que concierna a la curva de los precios y del intercambio.

Pero debe ser completada por otra ley, muy importante: la ley de la diferencia de oscilación de los valores. Se trata simplemente de reconocer en el conjunto de los productos, de los servicios y por lo tanto de los valores, los que por su naturaleza son más o menos sensibles a las variaciones de la tendencia.

En general, cuanto más simple es un producto en su fabricación o en su extracción, más sensible es a las varia-

ciones del mercado, del cual sufre al máximo, las alzas y las bajas. En razón misma de esta oscilación continua, provoca el juego de la especulación profesional que acelera sus movimientos. Tal es el caso notable de los cereales, de las materias primas y de los principales productos coloniales. Se comprende fácilmente la causa: el producto simple en período de alza, reporta grandes beneficios por la facilidad misma de su producción, que se vuelve fácilmente en superproducción; en período de baja, como no representa ninguna originalidad de uso ni ninguna atracción determinada, está sin defensa contra el desdén del consumidor, al menos que una industria no transforme su empleo tradicional.

El producto simple, siendo por definición uniforme o casi uniforme, sólo puede acrecer su venta, si el número de los que lo usan aumenta. Luego, como la población del globo ya no aumenta más, existe el riesgo de la superproducción. A este respecto, la guerra ha falseado completamente nuestras vistas, creando una miseria aguda y temporaria de los productos alimenticios y materias primas.

Lo que es verdad para el producto simple, puede ser también verdad para el servicio banal, en la medida en que este servicio deja de aportar un nuevo progreso y cuando su facilidad provoca un exceso de concurrencia. Esto se ve, por ejemplo, en los transportes marítimos, y en menor escala, en los transportes ferroviarios.

Al contrario, todo lo que progresa por su calidad o la invención y todo lo que llama o satisface necesidades nuevas del hombre, resiste a las oscilaciones económicas, a condición se entienda, de que no se produzca una miseria imprevista o una superproducción imprudente.

Ley del equilibrio natural de las fuerzas económicas, ley de la calidad de los productos y de los servicios renovados sin cesar por el esfuerzo del hombre; con estos dos factores, que alumbran el movimiento de los valores, se puede vivir feliz lejos de las tempestades de la Bolsa y hasta cruzarlas sin peligro.

